

CONCEPCIONES ECONÓMICAS Y ACCIÓN POLÍTICA; CONSIDERACIONES SOBRE LA EXPERIENCIA CHILENA *

PÍO GARCÍA**

RESUMEN: Preparado en ocasión de discutir algunos trabajos recientes sobre la economía chilena durante la dictadura militar y las perspectivas de lucha contra el régimen, el texto refiere distintos elementos sobre el desarrollo de las concepciones económicas y su relación con la política en la experiencia anterior de Chile. Sobre esta base se remite a la conexión que cabe establecer entre concepciones económicas y acción política, para destacar la riqueza de contenido de las nuevas tendencias de análisis económico de la realidad chilena, a la vez que la necesidad de concebir la lucha por su transformación en términos sustancialmente políticos.

El propósito definido para este ciclo del Seminario —estudiar algunas de las contribuciones de mayor interés sobre la temática del desarrollo latinoamericano y del propio país de los autores en la actual fase imperialista— plantea en el caso de Chile un problema inicial que merece sin duda relevarse. Éste es que, si se atiende a temas como los sugeridos por el programa del Seminario (fase actual del capitalismo, su crisis, subdesarrollo y dependencia en el marco de la crisis capitalista, relaciones y contradicciones entre el capital monopolista nacional y extranjero, contradicciones del proceso de acumulación, entre

* Planteamiento presentado en el Seminario de Teoría del Desarrollo del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, marzo de 1979.

** Profesor investigador, Centro de Estudios Latinoamericanos, FCFYS, UNAM.

otros), prácticamente no existen, en la tradición de los estudios realizados en Chile, trabajos de referencia que mencionar.

De esta constatación se desprende que el desarrollo del pensamiento marxista en el campo económico fue en Chile extremadamente limitado.

Habida cuenta, por el contrario, de la fortaleza alcanzada por el movimiento popular en el país hasta su expresión en el gobierno del presidente Allende, el hecho requiere algunas consideraciones sobre sus antecedentes históricos, sus implicaciones durante el gobierno popular y sus proyecciones en la situación actual, a las que en términos generales se remite la presente exposición.

Los estudios de economía y los «economistas de izquierda» en Chile

Por sorprendente que pueda resultar, en Chile no existió en efecto enseñanza sistemática de la economía política marxista, la que apenas empezó a despuntar institucionalmente en el ámbito universitario hacia el periodo del gobierno popular y aun durante su ejercicio mismo.

En consecuencia, salvo contadas excepciones debidas a experiencias y esfuerzos personales, los economistas chilenos no se formaron en el conocimiento científico del marxismo. Los más destacados de entre ellos, incluidos los de izquierda, se cultivaron al influjo de las concepciones desarrollistas de la CEPAL y la ulterior verificación de su agotamiento.

Es más, en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, la principal del país, ni siquiera los planteamientos de corte cepalino alcanzaron preeminencia. Creada en 1935 como la primera Escuela de Economía que se formó en Chile, teniendo como objetivo preparar los cuadros técnicos (con título de Ingeniero Comercial) demandados por el proceso de industrialización, su decano inicial fue sintomáticamente Pedro Aguirre Cerda, quien tres años más tarde presidiría el gobierno del Frente Popular. El propósito pragmático de los estudios (básicamente contables, actuariales, instrumentales), abonó la primacía del pensamiento marginalista neoclásico que caracterizaría luego su contenido, llegando hasta la incorporación de las formulaciones keynesianas.

Entrados los años 60, las concepciones cepalinas permanecían confinadas a algunos escasos cursos, principalmente de *Desarrollo Económico*, impartidos por lo demás por profesores como Aníbal Pinto u

Osvaldo Sunkel. Los economistas de CEPAL u otros organismos internacionales que se identificaban con la izquierda e impartían clase, lo hacían sobre materias como *Estadística* o *Administración Pública* y *Organización Económica*. Sus obras escritas se referían a temas tales como «construcción de índices de comercio exterior» o «planificación y presupuesto por programas». En pocas palabras, su definición «de izquierda» se refería a su adhesión política a los organismos de la izquierda; por lo demás, normalmente de carácter genérico, sin militancia en algunos de sus partidos. En cuanto a sus ideas matrices o sus inspiraciones teóricas, no diferían mayormente de sus colegas «independientes» o demócratas cristianos, debiendo reconocerse incluso en la obra de éstos los mejores esfuerzos de proyección de su pensamiento a la interpretación de la historia nacional (Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*), la discusión de marcos teóricos conceptuales para el estudio del desarrollo social (Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*) o aun el fundamento de opciones políticas determinadas (Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*).

La presencia de tales «economistas de izquierda», por su prestigio profesional y su actividad política real, que en ocasión de la campaña presidencial de 1964 llegó a expresarse en la formación de la Asociación de Economistas de Izquierda y la Oficina Central de Planificación de la candidatura de Allende, constituía sin embargo un factor de estímulo y respaldo al desarrollo del movimiento estudiantil.

En la Escuela de Economía, buena parte de los esfuerzos de los estudiantes de izquierda tendía a impulsar la discusión de los planes de estudio en relación a las propias realidades económicas.

En este sentido, el socialismo se presentaba como un paradigma, ilustrado por los progresos de los países socialistas: sus tasas superiores de crecimiento; la resolución de las deficiencias sociales en educación, salud, vivienda, ocupación; o en general, la redistribución positiva del ingreso. En contraste con las desigualdades imperantes en el país, sus problemas crónicos de inflación y endeudamiento externo y la tendencia global al estancamiento, el socialismo se concebía ante todo como marco necesario para la racionalidad orgánica de la economía.

A partir del triunfo de la revolución cubana y su definición socialista, el socialismo se presentaría a las fuerzas de izquierda vinculadas a la Escuela de Economía ya no sólo como una necesidad, sino también como una realidad posible en el continente a condición de asumirse como objetivo con la debida consecuencia.

Recién en 1964 se aprobó una reforma de los planes de estudio, impulsada principalmente por los estudiantes, que incorporó nuevas

materias en Economía y cursos de Sociología y Ciencia Política, a través de los que empezó a aflorar el estudio más regular del materialismo histórico. *El capital*, en todo caso, seguiría siendo si apenas una referencia bibliográfica hasta prácticamente los años mismos del Gobierno Popular, cuando se produce una división de la Facultad y la creación de una Facultad de Economía Política.

Esto, sin agregar nada sobre la Escuela de Economía de la Universidad Católica, donde se entronizó desde hace tiempo la «escuela de Chicago», que en la actualidad suministra sus oficios técnicos a la dictadura. Entre las universidades de provincia, tan sólo en la Universidad de Concepción se introdujeron cursos de economía marxista desde los últimos años 60.

El surgimiento de nuevas tendencias

En ocasión de la misma reforma de 1964, en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile se creó el Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO).

De hecho, el CESO se constituyó en centro de referencia institucional de las corrientes de pensamiento crítico dentro de la Facultad, en mucho animadas por quien fuera su fundador y primer director, Eduardo Hamuy. En contraposición a los contenidos analíticos y disociadores de la realidad social que imperaban en la docencia y la investigación de la facultad, el objetivo definido del Centro era el estudio científico integrado del proceso histórico de desarrollo y cambio social.

Durante una primera fase, sin embargo, este propósito no se traducía en marcos teóricos y metodológicos apropiados: la investigación tendía reducirse a la realización de encuestas de opinión y actitudes en la mejor tradición de la sociología empírica norteamericana. Semejante diferencia no tardaría en plantear problemas, principalmente a la generación de investigadores jóvenes integrados al CESO o que mantenían vinculación con éste.

Cuestiones que hoy parecen terriblemente elementales empezaban entonces recién a plantearse acuciantemente: la correspondencia epistemológica necesaria entre objeto de estudio, teoría y método; la necesidad de descubrir en el marxismo ya no sólo una referencia para el enunciado de una problemática, sino las bases teóricas y metodológicas idóneas para abordarla. Durante los años siguientes, entre 1965 y 1970, un grupo bastante amplio y homogéneo de los investigadores jóvenes pertenecientes al CESO o ligados a éste partirían a es-

tudiar en la URSS, Polonia, Francia, Inglaterra y EUA con el fin más o menos consciente, deliberado y convenido de proseguir su formación para encarar tales cuestiones.

Paralelamente, desde la llegada en 1966 de Theotonio Dos Santos, se produjo una evolución en el propio CESO. Partiendo de un seminario sobre teoría de las clases y luego sobre imperialismo y relaciones económicas internacionales, Dos Santos constituyó un equipo de jóvenes investigadores e inició la publicación de trabajos que dieron impulso a la llamada teoría de la dependencia. Este esfuerzo confluyó con el de otros autores, principalmente latinoamericanos radicados por entonces en Santiago en organismos internacionales como CEPAL e ILPES y en otras instituciones que, desde diversas vertientes y con distintos matices, hicieron en conjunto de la teoría de la dependencia una culminación de la crítica a las concepciones desarrollistas y una base de referencia para el replanteamiento de las investigaciones sobre el desarrollo de la región.

El proceso de reorientación de los estudios y los términos de análisis de la realidad abarcó muy ampliamente el conjunto de investigadores y centros de investigación nacionales, de gobierno y universitarios, y de todas las universidades. En 1968, el año del Mayo francés y de Tlatelolco, el movimiento estudiantil impone una amplia reforma universitaria. El año siguiente, una mayoría de izquierda gana la dirección del Instituto de Economía, el principal centro de investigaciones económicas de la Universidad de Chile y el país.

En este marco, a fines de los años 60, en las postrimerías del gobierno demócrata cristiano, se publicó un importante número de trabajos, empíricamente fundados, provenientes en parte de instituciones públicas y también de autores demócratas cristianos, que mostraban el proceso de desnacionalización de la economía del país, sus tendencias a la concentración y centralización, el entrelazamiento de los grupos monopólicos, los mecanismos de la exacción imperialista, la composición de la actividad económica del Estado y sus consecuencias negativas sobre la ocupación, la distribución del ingreso, la estructura productiva y las posibilidades de crecimiento; en suma, que enunciaban los rasgos esenciales que había llegado a asumir la base material de la sociedad chilena y su relación orgánica en una forma de capitalismo dependiente monopolista de Estado.

Las concepciones generales de la teoría de la dependencia y las conclusiones de estos estudios a que se ha hecho referencia, vinieron a corresponder con planteamientos políticos presentes en la izquierda chilena.

El desarrollo contradictorio de la izquierda chilena

En particular, el Partido Socialista había acuñado progresivamente su planteamiento afirmativo del carácter socialista de la revolución en Chile, que ya en las resoluciones políticas de su XXI Congreso General de 1965 se expresó de la siguiente manera:

[...] ratifica plenamente la línea de Frente de Trabajadores, política fundamentada en la teoría y la práctica de la lucha de clases en los países atrasados, en los cuales la burguesía surge ligada a las oligarquías criollas y al imperialismo. En consecuencia, corresponde a la clase obrera, unida a las masas explotadas, liberar al país del retrasto y del vasallaje, al mismo tiempo que implantar el régimen socialista.

Este fue el planteamiento asumido por el Programa Básico de la Unidad Popular suscrito en 1969. Su contenido revolucionario, sustancialmente diferente de los programas levantados por la izquierda unida en anteriores campañas presidenciales, radicó en su explícito propósito de alcanzar el gobierno para conquistar el poder, instaurar un Estado popular e iniciar la construcción del socialismo.

La definición de estos objetivos programáticos de la Unidad Popular obedeció por cierto a una variedad de condiciones y experiencias políticas nacionales e internacionales. Sería erróneo y desproporcionado pretender que se haya debido a la cabal asimilación de los resultados de investigaciones concluidas por lo demás recientemente o aún en curso. De hecho, planteamientos como los señalados del Partido Socialista no provenían tanto de un conocimiento concreto científicamente adquirido de la realidad nacional, como de intuiciones derivadas de la actividad política práctica o de la trasposición de formulaciones teóricas generales. En la propia resolución de las discusiones que se produjeron entre los partidos sobre el Programa Básico, tampoco parece haber tenido incidencia determinante la caracterización de la realidad a que habían llegado investigaciones que seguían siendo fundamentalmente académicas.

En la práctica, en Chile existió siempre una relación de exterioridad entre la formulación de los lineamientos políticos de la izquierda y los estudios científicos mismos, produciéndose un cierto divorcio entre la conducción política real y las instancias de elaboración teórica. A diferencia de lo que sucede en países como Francia e Italia, o de como ocurrió en la experiencia de la revolución rusa, no fue en el propio seno de los grandes partidos obreros, sin embargo exis-

tentes, que se gestó principalmente la reflexión social de carácter científico. Con las salvedades que supone una afirmación de esta especie, se produjo más bien una considerable diferenciación entre personal político dirigente y la actividad técnico-profesional y científica. En particular, los economistas de mayor solvencia fueron «técnicos independientes»; y en casos determinados, cuando asumieron efectiva militancia partidaria, tendieron a ser asimilados a los cánones imperantes de política práctica, culminantes en la representación parlamentaria.

Esta virtual dualidad se reflejó durante la campaña electoral de 1970 en la forma de preparación de los planes y políticas para el gobierno, los que quedaron librados a la iniciativa y criterio de los técnicos en tanto tales, sin que mediara, hasta después de producido el triunfo electoral, sino una extremadamente débil preocupación orgánica de los partidos. De esta forma, decisiones sustanciales, tales como la propia amplitud del área social que se generaría, no fueron objeto de resolución oportuna por parte de las direcciones políticas superiores.

De manera sintomática, este hecho se expresó en la conformación inicial del Gobierno Popular. Los principales centros de dirección económica, aquellos más directamente ligados a las transformaciones fundamentales por emprenderse en la economía, el Ministerio de Economía, su Dirección de Industria y Comercio, la Corporación del Cobre, la Oficina de Planificación Económica y el Consejo de Defensa del Estado, fueron entonces confiados a «técnicos independientes», y el Ministerio de Agricultura a un militante del más incipiente partido de la coalición de gobierno. El llamado «equipo económico», reunido en torno al ministerio de Economía, a quien originalmente se propendió a atribuir la conducción económica global, estuvo asimismo integrado en su mayor parte por profesionales independientes y algunos militantes sin representación ni mayor ascendente partidario.

La realidad descrita tuvo consecuencias de importancia. Pese a existir un vértice de convergencia en la persona del presidente de la República, se produjo —sobre todo en la decisiva primera fase del gobierno— una falta de compenetración orgánica entre las conducciones económica y política que no se compadecía con el carácter revolucionario del proceso en curso. La descomposición entre política y política económica así introducida no obedeció pues a razones susceptibles de resolverse con medidas administrativas, sino a la diferenciación de condiciones engendrada a lo largo de toda la trayectoria anterior del movimiento popular.

Por una parte, entre los responsables de la dirección económica,

la comprensión teórica sobre la necesidad del socialismo y la lucha de clases que importa su realización, frente a las peculiaridades del desarrollo político parlamentario de la izquierda chilena, no se tradujo en una opción de actividad orgánica partidaria. En la coyuntura decisiva del Gobierno Popular, se mostró que no bastaba la vinculación ocasional a los partidos, de preferencia en oportunidad de las grandes campañas electorales, que había caracterizado su comportamiento en cuanto técnicos.

Por otra parte, en la dirección política efectiva, la falta de comprensión adecuada de los problemas económicos impidió por ejemplo advertir el carácter limitado de los logros iniciales en la ejecución del programa y la política económica, al mismo tiempo que el sentido revolucionario con que se hacía necesario impulsarlos y profundizarlos. Paradójicamente, fueron más bien personeros de la dirección económica del gobierno, desprovistos de capacidad directa de acción partidaria, quienes debieron destacar los alcances políticos y el carácter de masas que suponía la realización de la política económica y sus objetivos.

Las situaciones referidas acusan no sólo una comprensión insuficiente de la economía marxista —crítica de la economía política clásica, esto es desligada de la realidad social global y de los procesos concretos de lucha política—, sino también un rezago general en el desarrollo del pensamiento revolucionario con sus consiguientes consecuencias prácticas.

Como ha sostenido Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista, no resulta exagerado “definir como la deficiencia fundamental [...] al insuficiente desarrollo de la teoría marxista de la formación social chilena en sus diversos órdenes, instancias y articulaciones”.

En Chile se dio la aparente paradoja del que tal vez sea el más antiguo, amplio y fuerte movimiento obrero de América Latina y la inexistencia, más allá de fragmentos, de una historia completa de sus luchas; del temprano surgimiento de una cultura nacional popular de figuras políticas tan descollantes como Bilbao, Balmaceda y Recabarren, cuyo pensamiento era sin embargo apenas conocido; de un Estado en forma asentado en una compleja trama de instituciones civiles, y la práctica ausencia de estudios sobre su carácter y realidad concreta; de una notable cristalización de las clases y la falta de análisis de su estructura y el trasfondo histórico de su formación; de los más potentes partidos obreros del Continente y la muy precaria divulgación del pensamiento socialista científico.

En estas contradicciones está presente, sin duda, la específica mo-

dalidad de desarrollo del movimiento popular, subordinada no sólo al régimen político de dominación existente, sino también a sus formas culturales históricas, con la consecuente política de deformaciones pragmatistas, parlamentaristas, estrechamente reivindicativas, en suma, reformistas y en contraparte de extremismo ultraizquierdista. Superar teórica, política y orgánicamente tales deficiencias constituyen el desafío de que depende la persecución exitosa de la lucha revolucionaria de la izquierda chilena.

Situación actual y perspectivas

No se trata pues de rememoranzas que conciernan sólo al pasado. Más aún si se considera que todavía hoy, en escritos recientes que se proponen orientar la confección de un programa económico de la izquierda chilena, se hallan formulaciones que retranscriben literalmente aquella afirmación de la que, hace más de cien años atrás, arrancaba también el Programa de Gotha: “El trabajo es la fuente de toda riqueza [...]” La crítica de Marx conserva entonces su actualidad: “El trabajo no es la fuente de toda riqueza [...] Esa frase se encuentra en todos los silabarios y sólo es cierta si se *sobreentiende* que el trabajo se efectúa con los correspondientes objetos e instrumentos. Pero un programa socialista no debe permitir que tales tópicos burgueses silencien aquellas condiciones sin las cuales no tienen ningún sentido...”

Si Marx se aplicaba a demostrar que semejantes afirmaciones equivalían a desconocer sus descubrimientos fundamentales en materia de economía es porque la cuestión no se reduce —ni entonces ni ahora— a una comprensión económica errónea: desprovisto de la teoría del socialismo científico, el proletariado no puede sino incurrir en la conciliación y las ilusiones reformistas.

Por el contrario, los planteamientos de política revolucionaria de la izquierda chilena no pueden desarrollarse sin una profunda comprensión objetiva de las circunstancias que imperan hoy en Chile.

Es por tanto promisorio que, entre el conjunto de estudios, superando flaquezas, se empiecen a destacar nuevos términos de análisis, más sustancialmente asentados en el marxismo.

Tras la sucesión de descripciones sobre los extremos padecimientos económicos que la Junta ha impuesto al pueblo de Chile, y el descalabro que representan para su desarrollo, se va progresivamente discerniendo, de manera cada vez más lúcida, el significado sustancial de la dictadura. Aunque en ocasiones incurriendo en disgresiones

que ofrecen la apariencia de abstracciones excesivas, o de casi ejercicios puramente metodológicos, se tiende a rebasar la denuncia de lo que no serían sino aberraciones de la política económica de la Junta.

Este es el mérito de los trabajos que en la actualidad se centran en el examen de los rasgos del nuevo patrón de acumulación con que la dictadura pretende afianzar la reproducción del desarrollo capitalista dependiente, sus determinaciones en el reajuste del sistema capitalista internacional que impone la fase actual de la crisis imperialista, la lógica implacable con que para tal efecto se desmantela la economía nacional, los intereses de clase a que responde, las formas de dominación que implica y los factores de que a mayor plazo depende su estabilidad.

De su cabal comprensión política dependen las definiciones estratégicas y tácticas de las fuerzas revolucionarias. Es sobre esta base que se podrá concitar efectivamente la voluntad mayoritaria de lucha contra la dictadura, sin pretender la resignación de los intereses de los trabajadores, sino erigiéndolos en la base hegemónica de una opción real de poder.

El conjunto de tales trabajos muestra en efecto con propiedad que las condiciones alcanzadas por la economía chilena requieren necesariamente de su transformación socialista para responder a las exigencias del interés nacional, de pautas superiores de crecimiento global y de bienestar para las mayorías; vale decir, reafirman el carácter socialista que indefectiblemente debe asumir en Chile el proceso revolucionario.

Este reconocimiento, asentado en las categorías económicas del marxismo, no puede sin embargo reducirse al postulado de la realización «directa» del socialismo, como si el socialismo pudiera provenir de la trasposición mecánica de las exigencias planteadas por la economía y la irreductible voluntad de dar lugar a su realización.

Lejos del determinismo economicista, el pensamiento marxista se funda por el contrario en la comprensión de los problemas políticos que plantea la revolución. La revolución no se puede basar sino en la capacidad hegemónica del proletariado, la concertación a sus instancias del bloque mayoritario de las fuerzas subalternas, la conquista del poder del Estado y su reconstitución revolucionaria; vale decir, no se puede basar sino en la capacidad orgánica de acción histórica, de realización política concreta.

SUMMARY: Prepared in occasion to discuss some recent works about the Chilean economy during the military dictatorship and the fight against the regime, the text refers to distinct elements about the development of the economic conceptions and their relation with the politics in the front experience of Chile. Upon this basis we refer to the connection that can be established between economic conceptions and political action, for the detachment of the wealth of the new tendency of economic analysis of the Chilean reality, at the time, that the possibility to conceive the changes by means of transformations in political terms.

SOMMAIRE: Préparé en occasion de se discuter quelques travaux récents sur l'économie chilienne pendant la dictature militaire et les perspectives de lutte contre le régime, le texte rapporte distinctes éléments sur le développement de les conceptions économiques et de leur relation avec la politique dans l'expérience antérieure du Chile. Sur cette conceptions économiques et action politique, pour détacher la richesse de contenu des nouvelles tendances d'analyse nécessité de concevoir la lutte pour sa transformation dans termes substantiellement politiques.